

de su ley de gracia, y solo en ella por la práctica de esos celestiales consejos logran las almas privilegiadas el precioso galardón de la íntima y mas completa felicidad del pensamiento, porque la verdadera paz del alma solamente se obtiene abandonándose al ósculo del Señor con la magnánima abnegación de las cosas de este mundo y con el heroísmo de la perfección cristiana, que convierte en flores de oculta delicia aun las espinas de la penitencia.

CAPÍTULO XLIII.

*Vanidad de los consuelos filosóficos en el tiempo de la tribulación: para entonces solo los de la Religión aprovechan.*

Fuera del tiempo de la tribulación acaso podrá suplirse con algun medio humano la falta, que hace la Religión á la felicidad del pensamiento: un rato de entretenimiento, una ráfaga de transitorio gozo viene tal vez del Septentrion ó del Mediodía, y se disipa luego; pero la verdadera consolación del alma cuan-

do arrecian los vientos de las tribulaciones, no hay que esperarla mas que del cielo. La experiencia es buen testigo. Hállase esta verdad profundamente grabada en los corazones que saben lo que son desengaños; hállase esculpida en los entendimientos que discurren con alguna solidez acerca de lo que valen los consuelos filosóficos en la hora del dolor; hállase proclamada todos los dias por cuantos se acercan á hablar con un espíritu angustiado. ¿No le dicen que la religion es el único bálsamo para su llaga?

No negaré, antes bien seré uno de los primeros que confiesen con gusto que la filosofía bien entendida ofrece consideraciones capaces de elevar el alma sobre la miserable esfera de las flaquezas mas comunes á la degradada humanidad: tambien yo reconozco que en la dignidad del hombre y en sus recursos intelectuales hay algo de sublime, que le hace superior á sus flaquezas; pero sé, y saben todos los que conocen el corazón humano, que sus nobles propósitos de elevada magnanimidad se desploman vergonzosamente al rudo empuje del huracán de las tribulaciones, si no los sostiene la divina Religión con su

poderio mágico y misterioso. Solo ella posee el secreto que cura las dolencias de los espíritus; solo ella es fuerte contra los dolores del alma; solo ella vence en las batallas del corazón; solo ella es luz vivificante en medio de las tinieblas sepulcrales de amarga melancolía. Por eso sin ella quien no la tiene por su maestra, por su amparo y su vida, en los cielos no ve mas que una justicia irritada ó una bóveda de bronce á sus flébiles suspiros, en la tierra no descubre mas que abrojos y enemigos, y en el próximo sepulcro no contempla mas que el trofeo de la muerte que ha de reducirle á polvo inmundo. ¿Dónde está su esperanza? ¿Dónde la luz que derrame un rayo de consuelo en los tétricos horrores de su mente? ¿Qué le dice la punzadora conciencia? ¿Á dónde dirigirá sus pasos trémulos en pos del suspirado solaz? ¿Qué puerta se abre á su angustia? ¿Qué ideará su fantasía para consolarse que no sea atormentadora vanidad? ¡Ay del triste que carece de Dios, porque estando rodeado de su infinita majestad quiere cerrar los ojos á los fulgores de su gloria! ¡Ay del infeliz que se encierra en el incendiado y estrecho y lóbrego ámbito de su po-

brísimo corazón, como un reo que desesperado se golpea estrellándose en las terribles paredes de su calabozo!

Grande es nuestra dicha, porque á fuer de hijos de Dios tenemos en nuestra dulcísima Religión copiosas fuentes de consuelo á que aplicar nuestros sedientos labios, cuando el dolor haya exprimido y hecho inútil todo el jugo de la fortaleza de nuestra alma postrándola en la desolacion. Entónces, solamente la religion puede levantarla con sus consuelos divinos, restituyéndole la felicidad del pensamiento. Y á fin de coadyuvar á ella iré indicando algunos, valiéndome para ello de cuando en cuando de los acentos de la poesía, que me parecen mas propios para hablar con mas franqueza de esta materia interesantísima. En la siguiente composicion digo la verdad afirmando que en las tempestades de la tribulacion todo naufraga, y solo se salva el alma en la navecilla divina, pues se disipa entonces todo cuanto hay en el hombre, y solo queda el recurso de Dios.

Se reconoce deudora,  
Á tí, Dios del alma mia,  
13

De beneficios inmensos  
Mi gratitud encendida;  
Pues los ojos en mí has puesto  
De tu clemencia divina  
Para dulce blanco hacerme  
De predilección benigna.  
Con el fuego provechoso  
De tus aparentes iras  
Las entrañas me has quemado  
Y dado luz á mi vista.  
Conocer me has hecho el mundo,  
Sus hombres y sus mentiras  
Y que en su bulla y sus pompas  
No hay verdadera delicia.  
El que padece no encuentra  
Consuelo á sus duras cuitas  
Sino en tu seno amoroso,  
Que los pesares alivia.  
Yo lo sé por mi experiencia.....  
¡Y ay del triste que confía  
En los míseros mortales!.....  
¡Desengaños de mi vida!.....  
Otro se fie de amigos  
Y de promesas mentidas,  
Que hablando tú de los hombres  
Me enseñas veraz doctrina.  
Me enseñas que amarlos debo  
Cual á mi persona misma,

Cual á hijos tuyos queridos,  
Dios de bondad infinita;  
Y porque son mis hermanos,  
Y porque tu amor se inclina  
Á los que el bien les desean  
Y á socorrerlos aspiran.  
Me has enseñado en la escuela  
De la amargura sombría  
Que no sácia corazones  
Ninguna cosa finita;  
Que el natural alimento  
Del alma que inmortal viva,  
Es contemplar la verdad  
En absorción dulce y pia;  
Y que tú la verdad eres,  
La que eternamente brilla,  
La que contiene en sí todas  
Las verdades conocidas.  
Que entre las ciencias sublimes  
De nuestro estudio mas digna  
Es tu ley que immaculada  
Corazones santifica,  
Tu Religión bienhechora,  
Que los pueblos civiliza,  
Y la historia de tu Iglesia,  
Do brota sabiduría.  
Estudiándolas se eleva  
Mi mente, que se ilumina

Del Cristianismo admirando  
La excelsa filosofía.  
Sí, que la admiro en sus Santos,  
Y en sus doctores me admira,  
Y en sus mártires invictos,  
Y en todos me maravilla.  
Yo no sé lo que ellos saben,  
Ni mi flaqueza mezquina  
Á obrar lo que ellos alcanza.  
¡Ay! ¡mi alma no los imita!.....  
Mas para mí dulce encanto  
Es hallar bella armonía  
Entre sus altas ideas  
Y la razon que sublima.  
Por tu gracia alumbradora  
Mi entendimiento extasía  
El placer de que sus luces  
Simpaticen con las mias.  
¡Mas ay de mí! ¿qué es el hombre?  
¡Cómo su antorcha se eclipsa  
Cuando ocupa la tristeza  
El lugar de la alegría!  
Entonces tronante nube  
Con crueles sombras tupidas  
Corazon y ojos me cubre  
Y á oscuras me tiraniza.  
Ni me consuelan los libros,  
Ni me valen, ni me animan

Mis lecturas, mis estudios,  
Que cual humo se disipan  
Los pensamientos altivos  
En que mis sienes hervian;  
Las lecciones de la ciencia,  
Los vuelos de fantasía.  
Y se anonada y sucumbe  
Mi ánima desfallecida  
Bajo un peso de ignorancia  
Que la embarga, oprime, humilla.  
Todo yo me hago tinieblas.....  
En vano el alma suspira.....  
Y á tí, Dios mio, me vuelvo  
En tan horrenda agonía.  
Y solo tú me consuelas,  
Solo tú la luz me envias  
Compadecido, y reviven  
Mis eclipsadas pupilas.  
Pasa el letargo de muerte;  
Y todo en mí resucita;  
Parece que me levanto  
De la tumba en que yacia.  
Y de nuevo entonces gozo  
Con exaltada delicia  
Del espectáculo grande  
De natura embellecida.  
Y me enamoran las gracias  
De mis inocentes niñas,

Y me es dulce la ternura  
De mi consorte querida.  
Y torno á mis caros libros  
Y á mi amada poesía;  
Y aquellos y esta me placen,  
Y aquellos y esta me hechizan.  
¿Empero durable hay algo  
En una tierra maldita,  
Donde acechando la muerte  
Está nuestras breves dichas?  
Todas son perecederas;  
Van corriendo fugitivas  
Á estrellarse en el escollo  
Del sepulcro; allí se abisman.  
Allí mi cuerpo ha de hundirse,  
Y el alma sin compañía  
En la eternidad caerá  
Á los pies de tu Justicia.  
¡Oh Dios santo, Dios piadoso!  
Cuando llegáre tal día  
¿Qué importa lo de este mundo,  
Aficciones ó alegrías?  
Solo, solo ha de valerme  
El que tu sangre divina,  
Ó Jesus, sobre mis culpas  
Caiga y las borre y extinga.  
¡Ea pues, oye mis ruegos!  
¡En aquella mi partida

Ven á recoger mi espíritu,  
Que tu amparo solicita!  
¡Ven á mí, ven á estrecharme  
Contigo en la Eucaristía!  
¡Ven, te pido que en tu pecho  
Mi último aliento recibas!.....

#### CAPÍTULO XLIV.

##### *Influjo de la Religion sobre el atribulado: sus causas: epístola consolatoria.*

Tiene la tribulacion en su índole propia y característica una asombrosa tenacidad para cautivar el pensamiento atormentándolo, y como que no le deja respirar oprimiéndolo como á un esclavo, á quien su cruel amo no permite un instante de reposo. El que gime bajo su yugo casi no puede pensar en cosas placenteras: semejantes pensamientos rehusan venir, porque entre ellos y la mente anochecida por la amargura hay una notable disonancia; media la misma dificultad que existe en lo interior del hombre airado para expresarse con dulzura y amabilidad y mostrar semblante risueño. Meditad sobre la situacion

del que se halla agobiado por una intensa pesadumbre, y vereis que es muy natural el que ni con anzuelos le sea fácil cazar pensamientos halagüeños, los cuales por estar fuera de su actual círculo son entonces muy propensos á escaparse, así como él está muy inclinado á abandonarlos porque no le interesan, porque no llenan el vacío de su llagado corazón. Hablo de pensamientos halagüeños, que no pertenecen al orden religioso.

Y en efecto, al triste devorado por negras cuitas, ¿qué le importan los bellos espectáculos de la naturaleza, qué le importan las hazañas de los héroes, que le importan los mágicos primores de las artes, qué le importan las aventuras graciosas, qué le importan sus mismas dichas y placeres pasados? El mundo para él está mal compuesto, porque sus turbios ojos no ven mas que sombras de tristezas y otras cosas aun mucho peores. No está en contacto con lo bueno que haya sobre la tierra. Solo la Religion puede penetrar en la noche de su alma, porque en aquella está Dios, á cuya omnipotencia es dable remediar todo género de males.

El ascendiente de la Religion sobre el atri-

bulado nace tambien de que solo ella le habla de cosas mayores que su dolor, elevándole á lo infinito, á lo eterno, á lo divino. Solo ella le comunica una luz, con cuyos resplandores descubre que esa tribulacion que le agobia es para su alma un bien. Esta idea, la mas capaz de convertir los pesares en consuelo, en esperanza sublime y hasta en alegría, se debe únicamente á nuestra vivificadora Religion. Fuera de ella no hay estímulos, no hay fuerza, no hay fundadas lecciones, no hay autorizados preceptos para la resignacion, que tantos bienes produce á los corazones quebrantados de angustia.

En la siguiente epístola indico algunas de las ideas consolatorias, que debemos á las inspiraciones de la Religion cuantos nos preciamos de guiarnos por ellas.

¡Ay amigo del alma! Nuestra vida  
¡Cuán llena está de lúgubres pesares!  
Unos pasan y vienen otros nuevos  
Cual se suceden en el mar las olas.  
Jamás á nuestros ojos falta llanto,  
Ni á nuestro corazón faltan suspiros.  
Pero dichoso tú porque conoces  
El precio del dolor, y en sus tinieblas

Descúbres clara luz que guía al cielo.  
¡Ah cuántas veces en mi mal profundo  
Me hacías ver con amoroso labio  
Inefable tesoro y bien divino!  
Negra nube de angustias me oprimía  
El débil corazón, y honda tristeza  
En mi semblante y ojos se pintaba.  
Antiguo era el dolor: la llaga oculta;  
Mas bálsamo tenía delicioso  
Mi desmayado corazón; abrias  
Con dulce caridad los tiernos labios,  
Y me hablabas de Dios con tal dulzura  
Que imaginaba junto á mí sentirle.  
Y no era ilusión mía, pues tú mismo  
Estábasme diciendo que Dios bueno,  
Que tiene sus delicias con los hombres,  
Solo atribula por estar mas cerca  
De aquellos mismos que su ausencia lloran,  
Y juzgan verle airado y centellante:  
Que la tribulación es sabia industria  
De su infinito amor para llamarnos  
Á su paternal seno bondadoso,  
Pues sabe que no hay otro á quien se pueda  
Por remedio acudir, y el afligido,  
Temprano ó tarde, si consuelo quiere  
Le ha de buscar con lágrimas ansiosas,  
Y su llaga mostrarle envejecida  
Como al único á quien todo es posible

Y cuya voluntad rige los orbes.  
Sí, tierno amigo, Dios está mas cerca  
Del triste á quien el mundo ha desechado.  
El Dios de la inmortal misericordia  
¿En quién pondrá sus ojos compasivos  
Sino en el infeliz, como lo dice  
Por la boca elocuente de Isaías?  
Viéndonos inundados de amargura  
Verá en nosotros una viva imágen  
Del divino Jesús dilacerado  
Desde las plantas en la cruz inmóviles  
Á la augusta cabeza taladrada;  
Y habrá de amarnos, que el amor no sufre  
Ver una copia del objeto amado  
Y con llama voraz no consumirla.  
De su gracia divina al dulce influjo  
El desolado pecador entiende  
Que ese mundo engañoso, á quien él sirve  
Con inútil afán é inquietud loca,  
Es tirano de pérfidas entrañas  
Que paga con desdenes sus servicios,  
Le abandona al rigor de su desdicha,  
Y su cara de risa la convierte  
En cara de verdugo amenazante:  
Palpa el engaño y llora y reconoce  
Su extravío funesto en su desgracia,  
Y que su corazón estará inquieto  
Hasta que vuelva á Dios: viene á sus labios

El nombre de su Dios como impelido  
Por un inmenso olaje de amargura.  
«¡Dios mi!» exclama, y Dios, que es tierno padre,  
Vuela á su encuentro, y viéndole postrado  
Levántale en sus brazos amorosos,  
Le enjuga el llanto, estréchale á su pecho,  
Y mil besos dulcísimos le imprime  
En la mejilla pálida y llorosa.

¡Diga si miento el admirable Silvio  
Que la lúgubre historia de sus penas,  
Convertido á su Dios, alegre acaba  
La sábia Providencia bendiciendo!

¿Empero para qué mas testimonio  
Ha menester esta verdad amable  
Que nuestro propio corazon? Has visto  
De tus males surgir ocultos bienes,  
Y yo lo observo en mí: nuestra memoria  
Recorriendo pasadas aficciones  
Recordará lo mucho que debemos  
Á Dios por ellas, y encendida el alma  
Himnos de gratitud á Dios por ellas  
Alegre cantará, llamando mina  
De amor y celestiales beneficios  
Las olas de amargura que ha mezclado  
De nuestra vida en la fugaz corriente.

Ah! ¿cuándo, cuándo vemos lo que somos,  
Nuestra inestabilidad, nuestra flaqueza,  
Lo que es el mundo y lo que son los hombres,

Y lo que es Dios sino en amargas horas,  
Cuando para salud de nuestras almas  
Alguna gota llega á nuestros labios  
Del cáliz de dolor que hasta las heces  
Apuró la gran Víctima divina  
En terrible expiacion de nuestras culpas?  
¿Cuándo aprendemos, entrañable amigo,  
Á despreciar mundanas vanidades  
Y á levantarnos con el alma al cielo  
Sino cuando el Señor nos atribula?  
¿Cuándo estudiamos las profundas leyes,  
Á los profanos ojos escondidas,  
Con que Dios á su gloria nos conduce  
Sino cuando sentimos el azote  
De la tribulacion? Con tal estudio  
En un astro de luz se nos transforma  
La mente que en tinieblas se dormia,  
Se endiosa el corazon, se endiosa el alma,  
Puesto que al hombre lo que mas eleva  
Es acercarse á Dios, con Dios unirse,  
Estrecharse á su Dios íntimamente,  
Hacerse con su Dios solo una cosa,  
Conformando en sublime sacrificio  
La humana voluntad con la divina.  
¿Pero á tan alta perfeccion alzarse,  
Á tal gloria subir fuera posible  
Si á los hijos de Adan la Providencia  
No hubiese puesto la admirable escala

De la tribulacion, que hasta los cielos  
Desde el valle de lágrimas se encumbra?  
No tendria sin ella el buen cristiano  
Un campo de batalla y de victoria,  
Donde mostrar su fortaleza invicta;  
Le faltaria á su virtud palestra  
Y á su fidelidad piedra de toque,  
Que á prueba ponga su ínclita constancia.  
Y los Santos por eso no se asustan  
Venir viendo sobre ellos densa nube  
De espantosas desgracias; bien hallados  
Están con ellas, y al Señor las piden  
Cual un tesoro con que el cielo compran.  
Y aunque la espada del dolor traspase  
Sus inocentes pechos, en sus ojos  
No hay turbacion, no hay sombras, no hay tristeza:  
Están serenas, claras sus pupilas;  
Brilla en ellas con rayos de contento  
La placidez dulcísima del alma.  
¿Cómo no ha de brillar si los inunda  
Con torrentes de luz hechizadora  
En consuelos suavísimos la idea  
De que salvarlos quiere el Dios potente,  
Porque es bella señal de este su anhelo  
En la vida caduca atribularlos?  
Aun los que vuelan por la hermosa via  
De la austera virtud, no siempre exentos  
Están de leves faltas; el vil polvo

Se les pega tambien del bajo mundo;  
Y como al cielo manchas no se llevan,  
Para lavarlas el Eterno envia  
La bienhechora lluvia de los llantos.  
Cuando nacido de la Virgen-madre  
Dignóse conversar entre los hombres,  
Claramente lo dijo: «Son dichosos,  
Son bienaventurados los que lloran.»  
Caro amigo, no solo en vida eterna,  
Aun en esta fugaz dulzuras tiene  
El áspero dolor: tú bien lo sabes.  
El cáliz apurando de amargura  
Se halla la dulce paz que no da el mundo,  
Pues la tribulacion obra que el alma,  
Desengañada de consuelos vanos,  
En los brazos de Dios al fin se arroje,  
Y encuentre solo allí la paz perdida,  
Por la cual exhaló tantos suspiros,  
Y la goce con célico embeleso,  
Y adormida en su Dios, olvide el mundo.  
De bienes inefables mil tesoros  
Reservados están á los que lloran  
Aun antes que sus lágrimas se enjuguen  
En la dichosa eternidad. El hombre  
En cuyo corazon por tiempo largo  
Reinó el dolor, sí no es incorregible,  
Al fin conoce con feliz sorpresa  
Que se ha mudado; y en sí mismo advierte

Util revolucion maravillosa.  
Á la insania terrible de su orgullo,  
Que era impaciente, odioso, turbulento,  
Ha sucedido plácida blandura,  
Que un no sé qué tan dulce y tan suave  
En el alma destila. Se condeuele  
De las penas del prójimo, y perdona  
Con fácil lenidad la propia ofensa.  
Mas antes no era así. ¡Cambio dichoso  
Debido á tristes años de dolores!  
Por el propio dolor se ha persuadido  
De que el lloro y los ayes de su hermano  
Merecen compasion; y en su desdicha  
Reconociendo la flaqueza propia  
Ya no le admira el abandono extremo,  
La inerme postracion de los dolientes,  
Lo repetido de sus rudas quejas  
Y hasta la insensatez y el desvarío  
De los vasallos del dolor, y corre  
Á tenderles la mano compasiva;  
É indecible placer, delicia suma  
Halla en ser él consuelo de los tristes.  
La compañía del dolor ha obrado  
Esta mudanza en él, cual blandamente  
Influye en el carácter del esposo  
La compañía de la esposa amable.  
Al ver que así me expreso tal vez digas  
Que yo aun no olvido las lecciones bellas,

Sabrosas, dulces que tu amor me daba.  
¡Ah! ¡no lo creas! ¡Mi memoria es fragil,  
Fragil mi corazon. En el instante  
Que la avenida del dolor me inunda,  
Todo lo olvido y el dolor me vence.  
¡Núblase mi razon y me abandona!  
¡Dejándome en abismo pavoroso,  
Se ahuyenta mi fugaz filosofía!  
Entonces ¡ay! tu dolorosa ausencia  
Me es mas acerba, y en el alma siento  
No oir tu amiga voz consoladora,  
No hallar cerca tu pecho de ternura  
Para en él arrojarme y descubrirte  
La inmensidad de mi pesar profundo.....  
¡Y es mi recurso ¡el único! postrarme  
Demandando á mi Dios piedad, consuelo,  
Una mirada de sus tiernos ojos  
Sobre mi triste corazon! ¡La pido  
Para el tuyo tambien, pues en mis labios  
Pone el cariño tu querido nombre!  
Pido consuelo para tí, pues siempre  
Ha menester el hombre de consuelo.  
¡Para poderlo hallar las llagas miro  
De nuestro Redentor; y me consuela  
La que vierte por mí divina sangre!  
¡Y pídele que dentro de la llaga  
De su costado abierto nos admita  
Á mí y á tí, dulcísimo Santiago,

Á llorar y gemir, pues generoso  
La abrió su amor para refugio nuestro!

CAPÍTULO XLV.

*Indicase la razon por qué no participamos  
tanto de los consuelos de la Religion.  
La experiencia y la Sagrada Escritura  
enseñan que Dios no es tardo en con-  
solar á los suyos.*

Se dirá acaso que poseyendo la Religion católica tan abundantes minas de consuelo, los que la observan jamás debian estar tristes, y que hay una contradiccion entre sus creencias y el abatimiento que á veces los agobia, robándoles la felicidad de la mente. No negaré que algo resalta eso que en cierto sentido pudiera llamarse una contradiccion; pero la consoladora hija del cielo está exenta de la responsabilidad de este cargo, porque á todas horas y para todos tiene abiertos sus divinos tesoros de consuelo. Si no entramos en ellos á saciar nuestra hambre con inefables dulzuras, la culpa solo es nuestra. Vivimos

en una especie de distraccion dolorosa, y hé aquí cómo se explica ese aparente misterio.

En noche umbría  
Y en amargura  
El alma mia  
Vive, y apura  
De los dolores  
Hasta las heces  
Los sinsabores  
¡Ay! cuántas veces.  
¿Por qué, por qué? ¿No sabe que el consuelo  
Se ha de buscar la vista alzando al cielo?

    Mi débil pecho  
Rudos puñales  
Tienen deshecho;  
Le estrechan males,  
Que se resiste  
Á publicarlos  
Mi lengua, y triste  
Quiero callarlos.  
¿Y por qué tanto amárgase mi vida?  
¿No hay bálsamo en mi Dios para mi herida?

    Borrasca fiera  
Agita mi alma,  
Que forastera  
No encuentra calma  
En mar ni en tierra.